

CAPITULO II

Tiempo después, un hombre desgredado, con ojos enfermos, se aproximó rengueante al pueblo. Cuando alcanzaba las primeras casas, se irguió, caminando correctamente algún trecho; al llegar frente a un amplio portal, cubierto por una veranera, cayó al suelo sin conocimiento.

Nunca supo qué tiempo estuvo dormido, ni la memoria le ayudaba. A más de unos intermitentes agujonazos en la pierna, una total debilidad lo anesthesiaba. Se sabía atendido y estaba en una habitación que a todas luces era un aposento de mujer. Pero la luz hacía traición. No podía precisar imágenes. Un claroscuro, una neblina estática circundaba las cosas. ¿El crepúsculo? ¿Acaso la madrugada? La noche misma era imposible.

De pronto el enfermo distinguió una nueva silueta en la habitación, frente a él. Nada. Solo una sombra más.

—¿Cómo se siente el moribundo? —saludó una voz femenina en tono alegre.

—Perdone, señora, estoy bien, bien. Creo que hoy podré irme.

—¡Ja, ja!, parece usted un niño amonestado.

—Cierto, estoy bien.

Hizo un intento vano por incorporarse.

—Mejor únicamente, capitán.

—¿Me conoce, eh?

—No mucho, pero no tema.

—Gracias. Parece que he dormido todo el día.

—Dos noches y un día nada más, capitán.

—¿Cómo, tanto?

—Estuvo muy mal, temí que muriese en mi casa.

—Cuánta molestia. Jamás podré agradecerle bastante.

—¡No comprometa su cariño, capitán. Pero basta de conversaciones; vamos a curar esa pierna. Chefa, el agua caliente!

* * *

Días más tarde, de la conocida dolencia solo quedaba en el soldado un ligero cojear. Su aspecto era distinto. Vestía ropas de paisano, un viejo sombrero de castor y la barba arreglada con esmero. Más bien alto que bajo, sus rasgos eran vulgares, pero agradables.

—Señorita Ester, esta noche me marchó. Me siento mejor.

—Pero Capitán Bernal, no me diga que no he sabido ser huésped. ¿Mal trato?

—¡Qué ocurrencia! Si me agobia usted de atenciones.

—¿Entonces... por qué tanta precipitud?

El militar la miró fijamente. ¿Era posible? ¿Ella, la encantadora guardiana, le retenía para que le alcanzaran sus perseguidores? Sí, esa era la razón de tantos cuidados. Seguramente habló durante sus horas de fiebre. Mencionaría los nombres de sus compañeros; él, delator. A estas horas vendría una comisión de Panamá a apresarle.

—Gracias. Usted ha sido "muy amable", pero debo irme.

Ester, con gesto violento, abandonó la silla y encarándose con el militar, le preguntó:

—¿Capitán Bernal, por qué huye?

—Me persigue la policía.

—¿Pero, por qué?

—Usted lo sabe.

—Tonterías, capitán. Yo nada sé.

Bernal explicó:

—Fue una tarde. En una esquina del arrabal de Santa Ana discutíamos sobre política un grupo de liberales. Se debatía la pureza de las últimas elecciones del partido para integrar el nuevo Directorio. Nos acaloramos, hubo ofensas y disparos, y aquí tiene usted, pues, en su casa, a un criminal que persigue la justicia.

—¿Está seguro de que mató?

—No; los amigos me aconsejaron huir. No pude darme cabal cuenta.

—Una noticia buena: está vivo.

—¿.....?

—Sí, y ha pedido que no se le castigue.

El capitán la miró ceñudamente hasta gritarle:

—¡Llegue pronto. Desenmáscase. Dígame que estoy arrestado, que ha enviado por guardias, que a estas horas deben estar desembarcando!

—¿De qué habla, capitán? Serénese.

—Pudo ser más franca.

—Quien engaña es usted, capitán. Sé que la Revolución estalló el 20 de Octubre.

—Bien, ya lo sabe. ¿Qué espera?

—Que mejore.

—Al gobierno no le importa mi estado de salud. Yo prefiero morir aquí, en la selva, en donde sea, antes que en los calabozos.

—Pero a mí sí me interesa su salud.

—¿Ceban al cerdo para el sacrificio, eh?

—Si así entiende usted el pelear por las ideas,

apoyar la Revolución.

—¿. ?

—Capitán, no sea ingenuo. A usted se le busca.

Para fortuna suya dio con esta casa porque si no, a estas horas estaría en la Prisión de Chiriquí. Han registrado el pueblo, pero han respetado mi recámara.

—Entonces...

—Sí, aquí han estado, como estarán esta noche también. A escasos metros de usted conversábamos, reíamos, bebíamos café. Muchas veces temí una indiscreción suya. Un lamento, una imprecación contra el gobierno, por ejemplo; pero afortunadamente usted durmió como un roble. Solo una noche estuvo usted inquieto. Esa vez los invité a conversar a la luz de la luna.

—¡Comprendo! Señorita, cuando creo conocerla mejor, la conozco menos. Me asombra.

—Quiero que me hable del levantamiento de ustedes.

Quizás lo conozco mal y por ello me parece absurdo, juvenil.

—Anoche, meditando, llegué a dudar. Pero hoy veo que el golpe era inaplazable. La revolución o la bancarrota del partido.

—Yo pienso lo mismo. ¿Pero, triunfará la revolución?

—¿Está organizado el movimiento? Si se fracasa, Dios solo sabrá qué va a ser del país en manos de los Regeneradores.

—Tal vez. Aunque no hay dinero ni armas, creo que recibiremos ayuda.

—¿Ayuda? ¿De quién?

—De gobiernos amigos. En el Ecuador acaba de triunfar la revolución del General Eloy Alfaro, liberal íntegro, que se ha comprometido a ayudar

al triunfo del liberalismo en Colombia. Cree que es preciso que en toda América impere el credo liberal. Es un presidente amigo que puede contribuir con mucho a la causa. También en Venezuela acaba de tomar el poder, ayudado por muchos colombianos, el General Cipriano Castro, quien ha ofrecido apoyo material y espiritual al golpe. Y por si esto fuera poco, contamos con la promesa formal del presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya, de que la Revolución Liberal goza de su profunda simpatía.

—Maravilloso. ¡Maravilloso! Y en Panamá, capitán Bernal, ¿cómo está el ánimo?

—Como nunca; pero creo que es imposible por lo pronto organizar una fuerza que se apodere de la plaza. Nosotros teníamos intenciones de preparar el levantamiento de común acuerdo con los otros departamentos. Pero el partido vive malos tiempos —Bernal se contuvo un instante para continuar con el tono más grave que pudo conseguir. En reunión tenida, los jefes don Pablo Arosemena, Carlos A. Mendoza, Buenaventura Correoso, Rafael Aizpuru y don Domingo Díaz, acordaron enviar un emisario al Directorio Nacional del Partido para armonizar los planes. Pero era tarde. El doctor Pablo Emilio Villar, Jefe de la Guerra, había escogido para fecha del levantamiento el 20 de octubre. Nuestros emisarios regresaron el 18 y en dos días era imposible prepararse, máxime cuando el gobierno, conocedor de los proyectos del Liberalismo, estaba vigilante. Ante la sorpresa de todos, el día 20 ocurrieron en la ciudad una serie de arrestos sorpresivos: el General Manuel Antonio Noriega fue apresado junto con otros conocidos liberales. Se buscaba a Temístocles Díaz, Alberto Santodomingo, José Agustín Arango J., Juan R. Mendoza, José C. Urriola y a éste que le conversa,

el humilde Capitán Bernal. Acordamos entonces huír de la ciudad, tomar camino de Venezuela y allá comunicarnos con el General Rafael Uribe Uribe para pelear. El punto de cita era Corozal. Nos escondimos algún tiempo en los viejos campamentos de los trabajadores del Canal, en La Boca. Noches más tarde, tomamos la ruta de San Miguel y Pueblo Nuevo, mas al llegar a aquel lugar nos vimos forzados a un tiroteo con un policía de puesto, incidente que alteró los planes. En Corozal nos aguardaban alrededor de 20 copartidarios y de allí tomamos el camino de Arraiján. Nos daba caza una compañía del Batallón Colombia. De allí bajamos a la ensenada de Bique, donde esperábamos encontrar una embarcación que nos transportara a Coclé. Entonces fue la desbandada. Dos emisarios de la ciudad, don José Agustín Arango y don José Guillermo Lewis, nos ofrecieron amnistía absoluta. Unos creyeron que nuestra causa estaba perdida porque éramos pocos y parte del Batallón Colombia nos daría alcance, así como poderosas fuerzas que el gobierno podría movilizar por mar. Otros, solo cinco, afirmamos que todo ello fue previsto, que nuestra decisión no era ni retozo de niños, ni corazonada romántica; que si dispusimos hacer la Revolución, continuaríamos, ya que en ello poco importaban nuestras vidas. Inútiles fueron los argumentos con que los señores conservadores y nuestros compañeros pretendieron convencernos. Ese atardecer, ellos embarcaron de regreso y al anochecer iniciamos la marcha. ¿Hacia dónde caminábamos? ¿Qué esperanza podía alentarnos? ¿No era un suicidio vulgar, intrascendente, un torpe holocausto a la Revolución? Avanzamos una milla. Alguien entonaba en baja voz un canto conocido. Los ruidos de la selva menudeaban y muy

distantes, tal vez en la mar, retumbaban truenos. De pronto escuchamos una orden:

—¡Alto quién vive!

—Nos lanzamos al unísono a la hierba y de nuestro grupo partió el primer disparo. Después, fue el caos. La lucha brutal. Fogonazos por todas partes. Insultos, reclamos, quejas amargas y gritos agonizantes. Sentí un ardor profundo en la pierna y caí cuando corría a atrincherarme tras un árbol. Luego, sé que me arrastraba, que las balas huían a mi alrededor, que me llamaban. Nada más hasta la conversación con usted, ayer en la mañana. ¿Qué fue de ellos? ¿Murieron? ¿Están presos? Passará mucho tiempo antes que lo sepa...

mente se han evadido muchos jóvenes liberales y el gobierno vigila todas las vías de escape. El ferrocarril está controlado y las embarcaciones costeras son registradas por las lanchas conservadoras que cuidan el Golfo.

—¡Algo hay que pueda hacer! —exclamó, molesto, el capitán Bernal.

—¡Yo creo tener una solución... Son ellos capitán, son ellos...! —advirtió, con cierta angustia, Ester.

—¿Quiénes; qué sucede; qué pasa, señorita?

—¿No oye esos pasos... esa risa? ¡Levántese! ¡Escondase en mi recámara!

—Con un rápido cojear, Bernal alcanzó el aposento. Las voces saludaban.

CAPITULO III

Fue bien entrada la noche. Aún languidecían por la calle las risotadas de los militares cuando Ester, golpeando la puerta con los dedos, susurró:

—Capitán Bernal, despierte.

Sonriente, el revolucionario replicó:

—Como si fuera posible dormir sobre las brasas.

—La revolución se extiende. No la pueden sofocar. El Cauca y Santander están firmes.

—Debo irme. Es preciso trasladarme al Ecuador; un minuto más y me trastorno en esta pasividad.

—Señor Bernal —dijo Ester— ciertamente que a veces me da miedo y no sé qué va a ser de mí misma; pero me parece que se debe esperar. Ver cómo siguen las cosas. Hay noticias de que se piensa invadir a Panamá muy pronto.

Bernal la miró fijamente, mientras contenía una tímida sonrisa. Ella le hablaba con la certidumbre de que él la obedecería. ¿Por qué? ¿Acaso porque lo sabía militar? No era probable. Había en esa mujer algo cautivante; algo que la imponía. Y hablaba con tanta confianza que parecía torpe desobedecerla. Acosábanle por momentos deseos de gritarle: “¡Me iré al Cauca, a Santander, al Ecuador, a donde quiera que la Revolución arda y usted no me detendrá! ¡No soy un cobarde para huír, quiero pelear!”.

—¿Qué propone, Ester? No esperará que viva mis últimos días en su recámara.

—Es usted ridículo como chistoso, capitán. Y sepa de una vez que si he dado albergue a usted es porque llevo en mi alma enseñanzas cristianas y porque soy liberal.

—No he supuesto nada distinto, señorita.

—Capitán, es una conversación innecesaria. Le diré que había pensado una solución para usted y, si le parece bien, acéptela. Si no, en el mundo aún sobran caminos desconocidos. Vive —prosiguió— cerca de aquí, en un sitio llamado la Trinidad, un buen amigo mío. Irá allá hasta nuevo aviso. Estoy segura de que le atenderán bien.

—¿Cuándo debo partir?

—En la madrugada. Viajará con la luna.

Sin esperar respuesta alguna del militar, llamó:

—¡Chefa! ¡Chefa!

—Um... —se oyó un gruñido.

—Levántate Chefa.

—¿Qué querrá la niña? Santo Dios, nunca le ha de faltar una cosa.

Segundos después apareció desperezándose toda y sacudiendo las enaguas.

—Mande pues.

—¡Chefa, anda a casa de Angel Coronado y dile que necesito un caballo urgentemente. Que también lo necesito a él esta madrugada al despuntar la luna. Anda, no demores y procura que nadie se entere. ¡Anda!

Esa madrugada, la luna y dos jinetes andaban.

CAPITULO IV

Lo inevitable fue. ¿Quién hubiera sido capaz de descifrar la voz sin matices de la brisa tonta que corre precisamente a la hora de morir el sol? Dicho mejor —hasta donde la razón comprende y analiza—, ¿quién hubiera presentado la muerte en ese cielo claro, límpido, sin manchas ni presagios? ¡Nadie! ¡Humanamente, nadie! ¿Cómo suponerlo si en los comienzos solo tuvo condición de viento a la hora en que los pastizales tostados se tumban anhelantes? Pero llegó la noche y entonces fueron ráfagas estrambóticas, locarias, que daban tumbos, imprecaciones y gemidos en las sombras. Más tarde, volteada la medianoche, la calma. La tensión inaudita; el páramo excitante, el silencio profundo, las venas muertas, la hoja cadavérica. ¡Nada! ¡A esa hora nada! Y baja el hilo de la madrugada anunciando la rígida forma de la muerte. El mundo es una sábana yerta, donde no se transita, ni se muere. Tampoco se agoniza. Pero pronto la tierra se oblonga, se empiña por el oeste, la muerte palidece en los cielos y empieza la desesperación. Salen desde un sitio cercano los vientos locos, el huracán inevitable. Y huye el polvo, y galopan los caballos desbocados poblando la madrugada de berridos; los vegetales impotentes sueltan sus hojas, que se lanzan

por todos los caminos en asustada caravana. Los llanos y las lomas tiritan con un temblor que no es malaria, ni es frío de madrugada, sino miedo, miedo a la muerte, temor a los vientos, al vendaval, pánico a seguir viviendo sin saber que se vive. Y todo es un ulular impresionante; la algarabía estentórea de la cabellera suelta, desgredada. Y es legal en la penumbra el abrazo prohibido del árbol que arruina al otro árbol; de la palma poderosa que asfixia el retoño atónito; de la yegua que huye olvidando que ahogó en la estampida al potrillo desesperado que no alcanzaba la tranquera. Y todo es eso: la muerte, la desolación, el bárbaro holocausto de la especie, el mundo comprometiendo la continuidad biológica.

Así nace el huracán, y así, también, llegó la Revolución. Vino desde lejos. Tal vez arribara en las lonas de un velero que se vio allá, al filo oscuro del Farallón, la melena blanca al viento, correr jadeante hacia Chiriquí.

¡Santander! ¡El Cauca! ¡El Magdalena! El viejo toque del clarín corre los campos y se llenan las trochas salvajes de marchas forzadas. Ora la herida clandestina, la aventura montaraz, el encuentro del pelotón amigo. Los balcones, las aceras, las ciudades, madrugan rojas o amanecen azules. En los bajos de los ríos, en las vertientes escondidas, en la cúspide de un monte descubierto, restalla el insomnio de las fogatas. Y por los trillos carreteros huye el polvo con el eco de las canciones del pueblo, arrastrando palabrotas adustas y maldiciones plebeyas.

Es la Revolución que enciende pajonales sobre rastros de sangre; asalta la modorra de los caminos olvidados; mastica azufre y espinas por las trochas verdes todavía.

¡Guerra! ¡Guerra! Mujeres... niños... los hombres

también se pierden en loca carrera por los montes. ¡Guerra! Y son los gemidos del ganado que el pelotón lleva —asalto y robo— al resplandor del vivac. Ora la jinetada ebria que llena de cascos un callejón; ora el disparo solitario, artero, que satisface una venganza. Ya el párvulo sudoroso, alegre, presumido, orgulloso del color de su bandera; o el viejo decrepito, enfermizo, la barba llena de polvo, los zapatos rotos, que habla de amor a la patria y de dignidad nacional.

Una noche, la agonía prolongada del amigo en el regazo de un árbol. Un día, cuatro bandoleros que asaltan el poblado y se pierden por los trillos de la montaña, llenas las manos de ron. ¡Pasiones! ¡Orgullo! Temores. Hambre. Esperanza. Agonía. Dolor. Muerte. ¡Ya estalla Bochalema y Cúcuta! Bucaramanga ofrece la muerte. Peralonso sabe del triunfo y es todo promesas entre el humo, tibio aún, de los cartuchos vacíos. Luego es Palonegro, la noche primera, en que el hambre y el cansancio imponen la tregua a miles de hombres que se agotaron en largos días de batalla.

Sí, tan rauda como los huracanes que nacen muy cerca, llegó la Revolución. Cierto es que no fue una total sorpresa: ya Lorenzo presentía la guerra desde las noches marinas en las Bóvedas, cuando la guardia comentaba sus temores de una nueva guerra civil, sin parar mientes en los oídos atentos del menudo presidiario, silencioso, de torpe talla, mirando siempre con ojos afiebrados. Algo como la guerra comprendió Victoriano cuando al amanecer llegaron al poblado los jinetes fugitivos. El baqueano poco dijo. Se refirió puramente a la Niña Ester y fue el mismo Capitán Bernal, entregándole una carta, quien hizo más clara la situación. El, Lorenzo, hizo muchas preguntas. Le interesaba la suerte de algu-

nos amigos de Panamá, liberales por tradición. Pero entonces, la brisa era suave, era una tonta nubecilla detenida sobre el cielo de La Trinidad y ¿quién iba a pensar que más tarde él, Victoriano Lorenzo, el último hijo de los cholos, regidor primero de esos contornos, y luego huésped de la húmeda Prisión de Chiriquí, iba a vivir la tremenda pasión de la Guerra Civil, la incontenible vorágine de los Mil Días?

Pero entonces, solo se limitó a decir:

—Bienvenido, capitán. Un amigo de la niña Ester es amigo de mi casa.

CAPITULO V

Pasaron los días. Lorenzo desarrollaba su vida de siempre. Las más de las veces se enfrascaba con el militar en largas conversaciones —casi siempre a los atardeceres— que terminaban bien entrada la noche. Pero día a día aumentaba la inquietud, la desesperación del Capitán Bernal. Una idea fija lo atormentaba: la Guerra. Ir a la pelea. Había momentos en que, luego de estar largo tiempo meditabundo, explotaba, llevándose las manos a la cabeza:

—¡Tengo que irme! ¡No es posible! ¡Esta calma me vuelve loco!

En veces distintas, apartándose un poco del caserío, quedaba con los ojos puestos en el mar distante, buscando acaso una señal, o forzando algún signo cabalístico. Pero la guerra estaba lejos y el tiempo bajaba desde la montaña al valle. La forma de las cosas era inalterable y la vida conservaba la campesina condición de los árboles, de la piedra muda, del torrente que maldice.

En la mañana de un domingo, todos en el caserío escucharon el galope de dos corceles que subían. Pronto salvaron con asombro a una bella amazona que, seguida del baqueano, llegó hasta la casa del regidor Lorenzo.

—¡Pero si es la niña Ester! —saludó Victoriano.

—¿Cómo, por acá, señorita Becerra?

—Aunque los infieles duden —amonestó Ester, deslizándose desde la montura sin esperar apoyo alguno.

Lorenzo invitó y pasaron al patio de la casa, hasta unos taburetes. Hubo café y tortillas; risas y reproches; confianza y optimismo. La ansiedad del Capitán Bernal se volcó en preguntas en torno a la revolución, su proceso, el estado de los ejércitos; en fin, agotó con interrogaciones. Y Ester tuvo noticias para todos.

Es que ella tenía una inexplicable facilidad para informarse. Bien, no era Ester solamente. Era algo extraño: se conocía con el nombre de "Bolas Brujas". ¿Cómo es que con pésimas vías de comunicación, sin un contacto directo con el lugar de los acontecimientos, sin que pudiera decirse que era asunto de marineros —pues escasas veces al mes tocaba un barco esos parajes—, cómo es, surge la pregunta, que en condiciones tales, de uno a otro confín del Departamento se tuviera idea de los sucesos? No busquemos explicación. Era así.

Pero el caso de Ester intrigaba, pues sus informes gozaban de más precisión, inspiraban confianza hasta el extremo de parecer órdenes de ineludible acato.

—Han retirado la guarnición —dijo. Ni quién guarde el orden. Según parece, la guerra en Santander está indecisa. ¡Oh, Dios mío, que la revolución triunfe! ¡Qué tiempos, Dios mío!

—¿Que han retirado la guarnición? —preguntó Bernal.

—Sí. Anteayer se embarcaron en la "Boyacá". ¡Qué descanso! El pueblo está tranquilo y por las tardes camino hasta la playa y sueño frente al mar, el mar sereno, limpio de la presencia de esos soldadotes tontos, engreídos.

—¿Pero por qué? ¿Por qué, si ellos deben vigilar las salidas y las entradas? —preguntaba el militar.

—Temen una invasión a Panamá. Se rumora que en Nicaragua se prepara una expedición para invadir el Istmo. También se dice que es posible que las fuerzas que pelean en el sur, en Tuma-co, y los asilados en el Ecuador, intenten la invasión. Parece que apresaron un barco del Gobierno.

—¿En Nicaragua? ¿Quiénes están en Nicaragua?

—Pues el General Uribe. ¿Recuerda que en el 98 pasó por Panamá? Desde entonces prepara la Revolución. También está Belisario Porras; en Panamá se habla mucho de él. Según parece, el presidente de Nicaragua o el de Guatemala, apoyan la Revolución.

—¿Pero cuándo, cuándo será?

—Paciencia, militar. No siempre gana la guerra quien más se mueve. Ya tendrá tiempo bastante para pelear —y reía como niña, lanzando latigazos a las gallinas que se acercaban.

Lorenzo seguía, silencioso y lejano, la conversación. Se hubiera dicho que no le interesaba. Tal vez no le interesara realmente. Quizás pensara que eran cosas de un mundo distinto al suyo.

CAPITULO VI

A medida que pasaban los días, una creciente nerviosidad socavaba la ciudad de Panamá. ¡La invasión! Vendrían muchos hombres; poseían armamento numeroso y moderno. ¡Quién sabe si ya estaban en la Bahía! ¡El día menos pensado, un amanecer cualquiera, despertarían la ciudad los cañonazos del Ejército Liberal!

Empezaron los arrestos sorprendidos; las asonadas. Las rondas nocturnas perseguían y buscaban conspiradores. Tiroteos nerviosos en las horas altas de la noche. Temor. La correspondencia era profanada. El espía llegaba hasta la alcoba y a los comedores de familia. Liberales. Conservadores. Ravacholistas. Godos.

Un bando que avanza a golpe de marcha; su be por una calle silenciosa, trepa un portal; toca fuertemente a una puerta:

—¡Dése preso!

—Pero...

—¡Dése preso!

—¡Viva el Partido Liberal!

De nuevo los pasos que dejan el portal, bajan por la calle silenciosa, a golpe de marcha, hasta la Prisión de Chiriquí, entre barreras de miradas ansiosas.

En el interior del país no se tenía conciencia de la guerra. Las noticias que traían los comerciantes eran asunto de tertulia y nada más. Porque para todos era un problema lejano, ajeno a su mundo diario. También Victoriano Lorenzo conservaba su tranquila vida de campesino y poco hacía por mitigar la desesperación del Capitán Bernal. Aun el mismo militar se plegaba ya al embrujo del ambiente. Libre el interior de la presencia de los soldados del gobierno, Bernal visitaba con frecuencia la casa de los Becerra y López. Muchos atardeceres sorprendieron a Ester y Antonio sobre la playa blanca, contemplando el Farallón entre las olas, lleno de sol y de misterio.

Se consumía el tiempo conversando en torno a tazas de café; chisteando a la hora del almuerzo; comentando con algún liberal la última "Bola", cabalgando por las cercanías del pueblo; en fin, mientras la guerra civil progresaba afuera, Ester y Antonio Bernal hallaban en las cosas un encanto común. Ella sentía una necesidad distinta, un deseo desconocido, algo que era miedo y risa a un tiempo mismo. ¿Acaso resultaba ahora muy grande el viejo caserón de los Becerra y López? Hay momentos en que las cosas conspiran contra uno. Como si perdieran su acento conocido y reclamaran algo que nunca ha sido nuestro.

Bernal advertía que la presencia de Ester lo desarmaba. Es decir, él aseguraba que era Ester. Lo cierto es que ahora, en medio de la naturaleza, en una tierra en que la bondad campesina tenía destellos de candidez infantil, dudaba que la guerra fuera argumento irrefutable. Aunque muchas veces había creído irrefutable el pensamiento del Mariscal de Campo conde Moltke, ahora se le antojaba una trágica falacia: "La paz perpetua es un sueño; nada más que un hermoso sueño" —repe-

tía el viejo Junker. "La guerra es un elemento de orden en el mundo establecido por Dios. En ella se desarrollan las virtudes más nobles: el valor y la abnegación, la fidelidad al deber y el espíritu de sacrificio; el soldado da su vida. Sin la guerra, el mundo se apoltronaría y se perdería en el materialismo..."

Antes, en las aulas militares o en los cafés donde se alentaba siempre una tertulia bélica, no pudo detenerse a analizar ese postulado de muerte. Quizás nadie lo meditó bastante. Era una de esas verdades universales contra las que resulta barata toda argumentación. Pero ahora sabía que nada tenía de universal ni de irrefutable. Claro está que frente a la geografía mortal de unos mapas estratégicos; en la miseria espiritual de una guarnición, o en el vivac que transpira pólvora, permanecerá eternamente incólume. Mas aquí, entre estos hombres que son hijos de Dios y no lo saben, dudar de aquella verdad, es natural. ¿No es la guerra el elemento del orden. Es el hombre mismo. Por ventura hay caos en esta comarca elemental, donde todos desenvuelven una existencia feliz, sin fatigas ni sobresaltos, viviendo de la tierra, donde el orden es sustancia vital, porque el caos es la miseria; donde los predios son de todos y de uno; donde la fuerza social es la necesidad de un hombre, de un niño o una anciana moribunda; donde el respeto es cariño y confianza; donde el odio es heraldo de la muerte? Aquí, en medio de estas primitivas condiciones, la inteligencia del Mariscal de Campo conde de Moltke es falaz, es criminal, es cómica. ¿Cuántas guerras ha tolerado su patria? ¿A cuántas carnicerías sociales ha llevado ese principio de fe mortal? ¿Cuál es el saldo? ¿Dónde están la felicidad y el orden alcanzado? Un saldo rojo; un camino vacío que es

una trinchera en el corazón de Colombia llena de lamentos, de voces como cirios ardientes que piden sangre... sangre... sangre. ¡Oh, no! la guerra nunca es conclusión. La guerra es principio. Una muerte reclama muchas más. El mejor hombre es el carnicero mayor. No es valor, ni abnegación, ni espíritu de sacrificio, ni honor lo que el hombre revela; todos esos son adjetivos con que se disfrazaba el Caín que transportamos. Es la bestia fraticida, el cavernario, lo que la guerra ensalza y condecora. Es el hombre el único animal que bebe a sorbos y con sevicia la sangre del hermano. Ha visto hombres sencillos, de mirada triste, caminar serenos al fusilamiento. ¿Por qué? Nunca lo supieron. ¿Para qué? Para traer el orden. ¿Pero Señor, acaso vendrá el orden o la felicidad con el suicidio del último hombre sobre la tierra? Ha visto campesinos arrancados a sus campos, sosteniendo todavía con desesperación el machete con que limpiaban el sembrío, llegar al campamento. ¿Qué hay en este soldado de ahora del cholo bueno de ayer? Sangre en el pecho; odio en la mirada; ansias de matar, robar, saquear, ansias de morir. ¿Y es este cavernario desnudo el portador del hombre? No, no es, no puede ser la guerra elemento de paz y de progreso.

Eran nuevos, en verdad estos pensamientos. Pero no era menos cierto que una nueva vida lo abordaba. La paz, la sencillez, la bondad. Y Ester. Sí, Ester. La necesitaba, le hacía falta. Era la parte del mundo que no conocía y que ahora llegaba, en medio de la guerra, como negación de su mundo, para hablarle asuntos de un futuro mejor.

Nada hay tan mortificante como las zozobras interiores. Y nada tan definitivo en la existencia de un hombre como el cambio de la conciencia.

No es que sea algo convulsivo, detonante, violento. Así sería más sencillo. Lo agónico es el proceso; la duda. La sorpresa de ver que ciertas cosas pierden el encanto; el dolor de ser insensibles a algo que ayer nos apasionaba; el descubrir vida, felicidad, belleza, en sucesos que hasta hace poco nos movían a cólera o desprecio. El proceso de perder una conciencia, la búsqueda de una nueva, es lo tremendo, lo doloroso.

No es que el Capitán Bernal hubiese perdido la conciencia. Sucedió que últimamente, fruto de esos pensamientos nuevos y distintos, la desconfianza lo asechaba. Pero, ¿por qué desconfiaba el Capitán Antonio Bernal? No lo sabía. Día a día temía más y más a la soledad; tenía miedo de pensar, de pensar cosas nuevas y extrañas. De allí que necesitase la presencia de Ester, que agonizara sin su compañía.

Y juntos los vieron siempre llenar de rastros y de risas los caminos de San Carlos.

* * *

Cierto día de diciembre, la tarde los sorprendió en la playa. Era un triste crepúsculo de invierno. El cielo estaba gris y nubes azulosas se tendían sobre el mar. Las aguas, lilas o morenas, en su quietud tenían algo de misterio, de peligro. Entre el horizonte marino y los arenales tibios, se levantaba allá, lejana, la silueta oscura del Farallón. Algo sombrío, fantasmagórico, envolvía la enorme mole de piedra oscura sobre el mar.

—¿Ester, alguna vez has ido al Farallón?

—No. Recuerdo que, siendo muy niña, mi padre me habló de él. Quiso llevarme, pero no sé qué sucedió; no fuimos. Luego, a mi regreso de Bogotá, tuve siempre la idea de ir, porque pienso

que debe ser fascinador. En verdad, ha sido descuido mío.

—Debe ser interesante.

—Me da un poco de miedo.

—Tiene algo extraño.

—Muchas personas han ido. Los pescadores a menudo lo tocan. Está lleno de cuevas y el mar entra por muchas de ellas. Dicen que está siempre lleno de voces y sonidos.

—Las noches allí deben ser impresionantes. Me gustaría visitarlo.

—¿Dios mío, de noche, Antonio? —exclamó asombrada Ester. Eso no. ¡Qué miedo, santo Dios! ¿No sabes que ciertas noches se ven allí luces raras? Suben hasta la cúspide del Farallón y giran en torno a él, iluminando intensamente las aguas. La gente dice que es lugar maldito. Se me eriza la piel, Antonio, con solo pensarlo.

—Cosas de niños. Ester. Un día iremos allá y verás que nada de eso existe.

Las azulosas nubes dejaban el horizonte cuando volvieron hacia la tierra. Del crepúsculo no quedó más que el alarido de unos loros olvidados y los relinchos de un corcel lejano. Las sombras espesaban. Un relámpago se enterró en el horizonte marino y el Farallón tuvo un extraño resplandor.

—Es de noche, Antonio; viene el temporal.

Juntos corrieron por los arenales tibios hacia el poblado. Allá, en el mar, el Farallón estaba lleno de oscuras resonancias.

CAPITULO VII

Corre el mes de marzo del año novecientos.

En una casa de Managua, hasta hace poco vulgar y tonta, hay agitación y fiebre. Hombres presurosos entran y salen. Aduetos caballeros, algunos; del pueblo, mal vestidos y flacos, otros; muchachos curiosos y gritones también. Es un colmenar en jornada: murmullo en tono alto; corrillos que discuten; carreras y pasos largos, nerviosos.

De pronto un ordenanza entra. Regresa, luego, en compañía de un hombre de mediana estatura, más bien delgado, de mostachos todavía cortos, y se pierden camino del Palacio Presidencial.

* * *

Una conversación:

—“¿Dicen que usted ha fijado el día de mañana para la partida?”.

—“Sí señor Presidente, mañana”.

—“Pues sepa usted que si no sale hoy daré contraorden a lo que se ha dispuesto y no se hará ninguna expedición”.

—“Está bien, Excelencia, en el dilema ineludible en que nos pone usted, no podré optar por la negativa porque no son asuntos personales míos;

usted se servirá decirme a qué hora debo hallarme en el muelle”.

—“El embarque será a las cuatro de la tarde aquí, y de Corinto mañana en la mañana”.

—“Entendido, señor Presidente, y sea esta la ocasión para despedirme de usted”.

Hubo un estrechón de manos en silencio.

* * *

El caballero de mostachos delicados retorna con el rostro cargado de temores: es Belisario Porras, abogado panameño sin carrera, exilado político que prepara una invasión a su patria. Las órdenes del Presidente Zelaya son terminantes.

—Señores —dice al llegar al vivero de la expedición— hay contraorden. Tomaremos el tren esta tarde a las cuatro y embarcaremos mañana.

* * *

Un tren cansado parte hacia el Pacífico. Su cargamento: seiscientos rifles, un cañón y ciento diez hombres borrachos, que endulzan bocados de una tarde de marzo con tragos de ron.

El “Philadelphia”, de la Armada de los Estados Unidos está a la vista. La cañonera “Momotombo” pasa, tosiendo, muy cerca. La mañana marcera se atora de gritos. Tiempo claro y viento grato. En la proa un horizonte sin aves, y la aventura. A la espalda, lleno de luz y de reflejos marinos, Corinto y el temor vencido.

Aquella sombra inútil en el confín del mar es de ellos. No son piratas ni filibusteros. Tampoco nautas. Son ciento diez aventureros que van en pos de la muerte o de la gloria. ¡Abracadabra! Quiera Dios que Satanás esté de juerga.

* * *

Esta noche la "Momotombo", de casco sucio y máquina agotada, surca, entre ronquidos flemáticos, el mar del sur. No se puede dormir. En la proa, como un trovero lejano, alguien canta sus temores tristemente, y en las sombras la canción provoca sabe Dios qué presentimientos. De pronto, desde lo más oscuro del barco, otra voz lo silencia. Calma. Sobre el mar, el pregón del vigía:

—¡Ea, tierra a estribor!

A los cuatro días de viaje, hubo gritos y vivas en toda la expedición. Se creyó que terminaba la jornada. Pronto se convencieron del error: era la Mentirosa, peñón abandonado, asilo de las aves marineras.

El treinta y uno de marzo los invasores desembarcaron en la Boca de San Bartolomé. Frente a ellos, en el mar que mordía con desesperación los riscos, la cañonera "Momotombo" se alejó, de regreso a Corinto. Atrás, a la espalda, la selva, la desolación, la muerte.

La noche los tumbó sobre la misma, en la tierra húmeda. Los mosquitos, como siempre, bajaron a la playa. Esa vez no durmieron.

* * *

A la mañana siguiente, desconcertados todavía, pues los planes se desarrollaban de manera imprevista, los expedicionarios no atinaban a tomar determinación alguna. Hacia adentro, la selva tupida; hacia afuera, la reventazón. Por alimentos, algunos sacos de galletas traídos de Nicaragua. Ya en la tripulación de esa gran aventura se pronunciaba el descontento, la crítica venenosa. Qui-

so Dios que pasara por allí el indio Martín Beitía, caminante montaraz, y esto fue como el grito de "¡Tierra!" en la balsa de los naufragos. Esa noche se avanzó hacia David.

Era una fila alegre, bulliciosa, optimista. Caminaban por la playa atalayando siempre la vaciante.

Dirigidos ahora por Brígido Ceballos, un fornido agricultor que huyera felizmente al reclutamiento obligatorio, pronto estuvieron en las cercanías de Alanje, en donde salieron a recibirles hombres, mujeres y niños; los primeros solicitando plaza en la expedición; las damas regalando tortillas, dulces y sonrisas; los últimos saltando y gritando a los lados. Entrada de triunfadores para quienes, momentos antes, dudaban como vencidos.

Desde allí, la marcha sobre David fue fácil. La madrugada del 3 de abril del año mil novecientos los saludó sobre las alturas del Cuarto. Allá abajo, sobre la llanura dilatada, vigilaba la población desde todos los sitios; el campanario erigido, las ventanas entreabiertas, los muros domésticos, buscando en el claroscuro de la madrugada la presencia de los invasores.

De pronto se escuchó el toque bélico de dianas. Un cañonazo desde el cuartel del pueblo respondió al toque de los revolucionarios. Por largo rato se mantuvo el diálogo de dos solitarios cañones, que se regañaban en el amanecer.

Los liberales avanzaron. La infantería se dividió en dos alas. Una ocuparía el cuartel por el sudeste, la otra asaltaría las calles principales. Desde la loma del Cuarto la artillería iba a cubrir los movimientos. La entrada a la población fue fácil. Las fuerzas conservadoras eran escasas y se habían atrincherado en el Cuartel y en la torre de la iglesia.

* * *

Por las calles se sentía el golpe de los pasos liberales. Porras avanzaba sobre un caballo colorado. La gente, tras las ventanas entreabiertas, o en cuclillas por el jardín, los miraba pasar. Cerca ya de la Plaza del Carmen, se entabló un violento tiroteo. Y rasgaba el fragor el silbido de una bala por un portal, o el golpe del acero que se incrustaba en un pilar. Pero por sobre todo se escuchaban los gritos enardecidos de los hombres que avanzaban atolondrados.

—¡Ay!

Por las filas asaltantes, como un milagro, circulaban los nombres de los que caían:

—¡Mataron a Feliciano Morales!

—¡Ay, mi madre!

—¡Cayó Jaime Vásquez!

—¡Fue Jaime Vásquez!

—¡Mataron a Vásquez!

Hora y media más tarde, las fuerzas conservadoras, atrincheradas en la Iglesia y en el Cuartel, capitularon. David estaba en manos liberales.

CAPITULO VIII

Consolidado el triunfo de Chiriquí y reforzada la expedición con el enganche de nuevos voluntarios, se procedió a reorganizar el ejército. Belisario Porras continuaba como Jefe Civil y Militar del Istmo; Emiliano J. Herrera ostentaba el cargo de General en Jefe del Ejército Expedicionario sobre el Departamento de Panamá. Se creó un cuerpo de artillería y los infantes fueron agrupados en tres Batallones que recibieron los nombres de César Conto, Robles y Uribe Uribe.

Ya los movimientos liberales no eran desconocidos en la Capital. Llegaron rumores de que en Aguadulce habían desembarcado tropas gobiernistas y avanzaban sobre Santiago para copar la expedición.

En tal estado las cosas, se adelantó el movimiento. Emiliano Herrera se movería con el grueso del ejército por tierra hacia los predios de Azuero, y Porras, con unos pocos, zarparía por mar rumbo a Montijo. La navegación se hizo en bongos y en pequeñas embarcaciones enfermas como el "Euribíades" y la "Gustosa". Temporales y vientos caprichosos tiñeron de aventura lo que pudo haber sido una grata excursión. A las alturas de Coiba utilizaron naves de mayor calado, dedicadas a la bucería, y entraron en la boca del Tono-

sí. Desembarcaron y subieron las quietas aguas hasta la población que los aguardaba jubilosa: paso de triunfadores, cantos de guerreros.

La afluencia de voluntarios, ansiosos de pelear, fue insospechada. Con número suficiente se creó un nuevo batallón, "Los Libres de Chiriquí", cuyo comando se entregó a Manuel Quintero, identificado desde sus comienzos con las fuerzas liberales. Aquí se estableció contacto con las fuerzas terrestres del General Herrera, dejadas en Tolé, y se procedió a avanzar sobre Las Tablas.

* * *

Van hacia la selva. A la espalda queda el valle hospitalario, el mar azul, tranquilo. Ascenden la montaña. Los monos berrean y huyen horrorizados. Se vence una cima, pero queda otra, y otra. La noche llega. Cruza la selva húmeda una procesión de antorchas como espíritus penitentes avanzando, avanzando. ¡Sublime espectáculo! Es una rogativa a la muerte. Una mula se precipita abismo abajo. Se empinan gritos desgarradores. Caen un hombre, rueda y trata inútilmente de agarrarse a otros hombres, a los bejucos, a las lianas, sin ventura. Se pierde en la noche y solo deja un rastro de lamentos. El resto continúa en la pendiente hasta una luz que hace cabriolas en las sombras. Un rancho: remanso de la esperanza. Descanso. Fluye la conversación contenida. Retorna la risa ahuyentada por el temor. Puerco asado, chicha fereña y una canción peregrina.

Amanece y nuevamente sobre la marcha. Abajo, lejos. Las Tablas.

Las fuerzas revolucionarias aumentan. De Porcú, de Guararé, de sitios vecinos se enlistan hombres ansiosos de pelear. Se ha constituido el "Es-

cuadrón Patria" y el "Batallón Azuero", de reciente hechura, ya tiene comandante.

Las fuerzas conservadoras atrincheradas en Santiago se retiran. El liberalismo embiste: Guararé, Los Santos, Chitré, Divisa, Los Canelos, el Santa María, sereno y caudaloso. Se notifica a Emiliano Herrera —en Tolé— de los movimientos, y se le ordena avanzar, mientras se marcha sobre las Alturas de Santa Rosa y La Loma. Allá, dilatándose entre brisas, Aguadulce. Camino adelante, las fuerzas gobiernistas huyen hacia la Capital. Peonomé... Antón... el mar.

CAPITULO IX

Es una madrugada clara, con brisa dulce.

—¿Oyó eso, manu?

—¿Qué compa?

—¡Jum! Me pareció oír algo, pero ahora mesmito no siento ná.

—Atalayemoj, compa. Yo toy medio azarao con tanta cosa.

A la vera de un trillo montañero depositaron los motetes, sentándose uno frente al otro.

De pronto, la mañana lloró dolores, por una diana distante que los vientos trajeron.

—¿Oyó manu?

—¡Sí, oí, compa, oí!

—¿Y qué puée ser, manu?

—Dios no lo quiera, compa, pero eso es la guerra.

—Antonce son de creer los runrunes.

—¡Viene la gente, compa!

Silenciosos se levantaron. ¿Camino del monte? No. Regresaban con desasosiego.

—Güerta y la necedá.

—Será voluntá de Dios quer cristiano no esté tranquilo.

Ya llegan a los ranchos y una mujer los tropieza:

¿Güeno y a qué tan retardaos?

- ¡Viene la guerra!
—¡Santo Dios!
—¡Viene la guerra! —repiten los hombres mientras caminan a sus ranchos.
—¡Vienen los godos!
—No, que son liberales.
—Güerta y el embeleco; naa dejarán.
—¿Güeno Tina y ónde tá el ruano? —pregunta una voz pública.
—¡Noj jamos!
—Yo no me quedo.
—¡Qué dejan too pelao!
—¡Mi manta!
—¡Ay, Dios Santo, Crucito! ¡Crucito!
—¡Pa los montes!

Momentos después, un grupo nervioso de mujeres, hombres y niños se aleja. Son pocos. Arrean dos pobres caballos, tres vacas y dos terneros enfermos. A las espaldas, tamugas, motetes y cántaros. Es una guarnición vencida. Van hacia los montes. Huyen de la guerra.

* * *

La noticia corrió como escalofrío para la piel de los pueblos. ¡La guerra! Volvía el castigo de Dios. Un siglo de cuartelazos, revoluciones, asaltos a la hacienda y a la buena voluntad de las gentes azuzaba el espanto de los pueblos. ¡Sí! Ahora, llega por Chiriquí y avanza hacia Panamá. A su paso la hierba no crece más. Los pastos quedarán agotados, la hacienda exhausta, los jorones huérfanos de granos. Se acercan. Son más cientos que los dedos de las manos. Y traen gente de afuera, "gente mardita", que viene a escanciar lo poco que acá se tiene.

Se vio al Ejército Conservador camino de Pa-

namá. Eso no era una retirada. Huían. No se atrevieron a presentar combate. ¡Santo Dios! ¡Serán muchos miles! ¡Dígalo usted, cuando ni los godos asesinos se atrevieron a guerrear! Se acercan. Son como las plagas en los maizales. Cosas del destino: solo quedará el campo raso.

Los días están llenos de clarines y tambores. Disparos y maldiciones. Y al paso de cualquier ejército, los pueblos huyen como animales espantados. Son carreras desesperadas. Pocos saben el itinerario de la guerra. A veces se anochece plácidamente; de pronto, alguna voz grita:

—¡Ya vienen! ¡Vienen!

Es la estampida. Las mujeres lloran, regañan y ordenan. Los niños, gritos y espantos. Los hombres buscan lo indispensable y huyen a la manigua. Ahora son los montes los poblados. Los caseríos están desiertos. Por los pastizales, las vertientes, las cabeceras de los ríos, se oyen pasos y conversaciones. Son los fugitivos. La jungla tiene llantos de recién nacido y lamentos de parturientas. Se hacen rancherías. Campamentos se improvisan bajo el temporal. Por las noches, desde caminos distantes, se ven los montes llenos de fogatas. Tiene el paisaje algo de mortal encanto. Allá, arriba, en torno a la lumbre, hay quejas de heridos: los que cayeron en la desesperación; los que rodaron ladera abajo por la nerviosidad. Hay también el llanto quejumbroso de la madre por el niño perdido en la corriente cuando se vadeaba el río.

Es la guerra. La sangrienta voluntad del cielo. Solo los justos podrán salvarse. Quienes regresen serán los ecuánimes.

CAPITULO X

Las fuerzas expedicionarias de la Revolución, en posición de revista, se alineaban frente a la histórica Iglesia de Natá de los Caballeros. El Estado Mayor avanzaba ante los batallones alineados. Belisario Porras, Jefe Civil y Militar de la Revolución y Emiliano J. Herrera, General en Jefe del Ejército, revisaban lentamente la tropa. El Conto... El Robles... El Uribe Uribe. Veteranos del combate de David. El escuadrón Patria, el Batallón Azuero, los Libres de Chiriquí, los Tiradores de Coclé y los Libres de Colombia, de voluntarios recientemente enlistados.

Terminaba la parada cuando un ordenanza, llegando precipitadamente hasta la formación del Estado Mayor, cruzó palabras con Carlos A. Mendoza, dejando en sus manos un papel. Mendoza leyó con avidez y en seguida dijo algo al oído del doctor Porras, quien a su vez consultó con Herrera. Luego, adelantándose al grupo, Porras arengó al Ejército:

—Valientes soldados de la Causa Liberal: Nuestros amigos de San Carlos nos avisan que ha llegado a las playas de Antón un contingente del Gobierno para detener nuestro avance. ¡Soldados! ¡Nuestro objetivo es Panamá y nada podrá dete-

nernos! ¡La Revolución ha triunfado! ¡Viva el Partido Liberal!

—¡Viva el Partido Liberal! —respondió el Ejército.

* * *

—¿Sabe usted, Mendoza, quién pueda ser esa Ester? —preguntó Herrera.

—No tengo idea, General. Ese nombre nada me recuerda.

—Es raro —comentó Porras. Venía consignada a tí esa comunicación.

—¿Cuál es el texto de la comunicación? —preguntó Quinzada, Jefe del Estado Mayor de la segunda división.

Mendoza leyó:

* * *

Señor Mendoza

Natá

Ayer desembarcaron en Antón 600 hombres del Gobierno. Son tropas de Panamá.

ESTER

Hubo un momento de silencio en que todos meditaban.

—Nosotros no podemos creer a cualquiera —advirtió Herrera.

—Es cierto —afirmó Quinzada.

Inmediatamente preguntó:

—¿Dónde está el correo? Interroguémosle.

Por una puerta lateral, dos soldados empujaron a un cholo menudo, de un sombrero sucio meti-

do hasta las orejas, la vista firmemente clavada en el suelo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Herrera.

El hombre pareció no haber oído.

—¡Que cómo te llamas, he dicho!

El mismo silencio.

Exasperado, Herrera pegó dos planazos al cholo.

Mendoza intervino.

—Escucha —gritó al cholo— yo soy Mendoza, para quien trajiste el encargo. ¿Quién es Ester? ¿Quién te entregó la comisión?

El hombre seguía terriblemente silencioso.

—¡Si no hablas te fusilaremos por espía! —le gritó Herrera.

El cholo levantó lentamente la mirada y se fijó en todos. Luego, parsimoniosamente, dijo:

—Me la entregó Coronao en San Carlos; dijo qu'era pa Mendoza en Natá. Cosa de apuro, me dijo; ¡eso ej tóo!

Se llevaron al campesino y nuevamente cayó sobre la sala un pesado silencio.

—No puede ser espía. Eso es claro. ¿Pero cuál es el propósito de este informe? Ester... Ester... estoy seguro. No conozco a nadie con ese nombre. Tampoco tiene aspecto de clave, —expuso Mendoza.

Porras intervino:

—No podemos fiarnos de personas que no se identifican. Pero a mí me parece que el ánimo de esta comunicación es claro. Por una parte, puede ser cierto lo de los seiscientos hombres en Antón; si es falso, el propósito es retenernos aquí paralizando nuestro avance, hasta que los seiscientos hombres, o mil probablemente, puedan trasladarse hasta San Carlos o Antón para organizar la resistencia. Sería conveniente tomar

una resolución que consultara las dos posibilidades. Debemos llegar a Panamá sin dilación. Si es cierto que han desembarcado tropas del Gobierno, aquí en Natá es imposible defendernos. Si alcanzamos el Río Grande antes que ellos, podemos organizar la defensa mejor. Ellos seguramente piensan lo mismo, así es que, a más distancia, los tropezaremos en los llanos de Penonomé. Si no los encontramos, sea cierta o falsa su existencia, en Río Grande debemos tomar una determinación que consulte al interrogante de los seiscientos hombres.

—A mí me parece que no debemos movernos sin tener seguridad de nuestros pasos. No se puede exponer el futuro de la patria —objetó Herrera en tono desmedido.

—Pero General, día que no avancemos es día que retrocedemos.

—Creo igual que el doctor Porras —acuérpó Quinzada.

—También opino como el doctor —votó Mendoza.

La mayoría del Estado Mayor se decidió por la proposición de Porras y, esa noche, las fuerzas revolucionarias se movilizaron sobre Río Grande.

Los primeros en cruzarlo fueron los Batallones Conto y Robles, comandados por Herrera. El resto del Ejército tuvo que pernoctar en la otra orilla; el río Grande crecía. El cielo sobre su cabecera descansaba encapotado en nubes negras. Llovía en la montaña. Las aguas bajaban amarillas, arrastrando piedras, troncos y restos de algún rancho de las riberas.

Cuando la creciente lo permitió, el resto de la fuerza revolucionaria cruzó el río. Desde allí se enviaron avanzadas y grupos de espionaje para verificar la situación de la fuerza enemiga, si la

había. Se comprobó que efectivamente tres batallones se atrincheraban en Antón para cortar el paso a la capital. Es decir, iban a hacer una guerra defensiva. Su deseo era paralizar durante un tiempo el avance. ¿Por qué? ¿Acaso consideraban muy poderosa la fuerza insurgente? ¿O tal vez era pobre la defensa de la capital y aguardaban refuerzos? De todas maneras, la Revolución no debía exponerse en un combate entonces. Se acordó vadear el encuentro, buscando otro camino a Panamá.

Una noche, luego de dejar el campamento lleno de fogatas para despistar al enemigo acechante, las fuerzas se pusieron en marcha, guiadas por un morador del lugar, baqueano viejo. Iban de uno en fondo. Lentamente se fueron internando en los montes. Una luna rojiza y tardía, sin encanto alguno, y como delatora, fue surgiendo de un macizo de nubes. Era espectral la visión del ejército: una serpiente blanca que se arrastraba por los montes, que se anudaba a los cerros, que bajaba, subía, perdiéndose a ratos en las sombras para reaparecer más adelante, avanzando, avanzando bajo la luna torpe.

—Allá abajo queda San Carlos —dijo, en baja voz, el guía.

Fue una consigna que corrió por el cordón humano:

—“Allá abajo, San Carlos”.

CAPITULO XI

Por desavenencias en el comando, no se acampó en Chame, como originalmente se planeó, sino que, para alcanzar la vanguardia que dirigía Emiliano Herrera, fue precisa la movilización total hasta Capira, rincón en el camino entre las montañas y el mar, peligrosamente cerca de Chorrera, donde era de esperarse que el Gobierno organizaría la resistencia.

Al anochecer, Porras, Mendoza y Quinzada comentaban las incidencias del viaje, cuando de pronto, frente al portal de la casa, frenaron violentamente dos corceles.

—¡Alto quién vive! —gritaron a coro los centinelas.

—¡El Partido Liberal! —respondió una voz firme, confiada.

Dieron a tierra los jinetes y, rodeados por los guardas, subieron al portal.

—¡Necesitamos ver al doctor Porras!

—Hágalos pasar, Aguilera —ordenó Porras desde el interior.

Alrededor de una mesa, Porras, Mendoza y Quinzada aguardaban de pie.

—La señorita Ester Becerra y López —presentó el visitante.

Y refiriéndose a sí mismo:

—Antonio Bernal, Capitán del Ejército a órdenes de la Revolución.

—Bienvenidos a este recinto en donde se llora la suerte de la Patria —saludó Porras.

Y continuó:

—Quinzada, Jefe del Estado Mayor de la segunda división; Mendoza, Secretario de Gobierno. A sus órdenes, señores.

Sentáronse todos alrededor de una lámpara nerviosa. Bernal habló:

—La señorita Ester desea saber si recibieron la comunicación que les hizo llegar a Río Grande.

—Ah, sí, el Partido Liberal le agradece profundamente. Fue una información valiosísima. Pero nos confundió usted. Era tan misteriosa... —sonrió Porras. Tal vez si la hubiera firmado Bernal... Ya teníamos noticias de usted. En Nicaragua supimos lo de la noche del 18 de Octubre. Pero aquí creíamos que usted andaba por el sur, en la Campaña de Tumaco; allí están De la Rosa, Díaz, toda esa muchachada valiosa. Lo felicito Bernal, lo felicito; no es usted de esos liberales que se asustan y critican en la paz del hogar y en las tertulias de ciudad, sino que, cuando la causa peligra, la defiende con todos los argumentos y en todos los terrenos.

—Gracias, doctor Porras. Hago lo que todo liberal hace.

—Y usted, señorita —Porras se volvió hacia Ester— no sabe cuán bella hace nuestra estada en Caira su presencia. La mujer panameña suma a su belleza valor e hidalguía.

—Sigue usted siendo el galante de las anécdotas, doctor Porras. ¿Usted es Mendoza, verdad? gritó Ester.

—A sus órdenes, señorita.

—Me han hablado mucho de usted.

—¿No es indiscreción preguntarle quién? No quisiera ser desagradecido con un amigo.

—Una persona que lo admira y respeta. Una gran persona.

Mendoza sonreía, buscando en la memoria alguna pista.

—Lorenzo, Victoriano Lorenzo —dijo Ester.

—¡Lorenzo! ¡Pero cómo no! ¿Qué ha sido de él; cómo vive? Hace como cuatro años que estoy sin noticias tuyas. ¿Cómo se porta?

—Como siempre. Es hombre de bien.

Pero claro. Jamás creí en su culpabilidad. Es otro crimen que deben expurgar los regenerantes.

—Sufrió mucho; no olvida los años pasados en la cárcel.

—¡Desde luego! Fue un juicio bochornoso.

Porras intervino:

—Señores, en nombre del Liberalismo me permito darles las gracias por la cooperación prestada y exhortarles a defender hasta con la vida misma nuestra causa tan humana y tan digna. Están ustedes entre hermanos.

—Doctor Porras —habló Bernal— solicito a usted plaza en el Ejército Restaurador en el sitio en que mejor pueda defender mis ideales; tengo el grado de capitán.

—Gracias, Capitán. Es dicha para la patria tener hijos tan amantes.

Porras volvió la mirada hacia Ester; en sus labios jugueteaba una sonrisa indescifrable. Había duda y asombro. Tal vez especulaba acerca de las intenciones de esa bella mujer; de esa amazona surgida entre las sombras como un ángel guerrero.

—Señorita... usted...

—Sí doctor, yo también vivo la Revolución. Quizás me duela no usar pantalones. Me gustaría triturar a los godos, al Gobierno, todo lo que huelga

a conservadores.

—Sus informes han sido carísimos.

Ester había mudado la expresión y parpadeaban sus ojos afiebrados. Ahora en el ambiente del vivac, ante uniformes y planes bélicos, un dolor escondido, un viejo anhelo afloraba robusto y poderoso, violento y ciego.

—A eso he venido, doctor —rompió Ester. Tengo informes fidedignos de que el Gobierno prepara fuerzas para cortar a toda costa el avance. A estas horas deben estar embarcando en Panamá. Desembarcarán en Chorrera. Es asunto de horas.

Porras la miraba asombrado. Corrió la vista para detenerla en Mendoza, en Quinzada, como si dudara de lo que oía y aguardase a que éstos dudaran también.

—¿Pero, está segura de lo que dice, señorita?

—¡Como de que me llamo Ester!

Porras se incorporó violentamente batiendo palmas junto a la puerta.

—¡A sus órdenes, jefe! —gritó un centinela.

—Guardia, diga al General Herrera que se le necesita con urgencia.

Porras volvió a su sitio.

—Algo más, doctor —continuó Ester. Parte de las fuerzas revolucionarias que pelean en Tumaco está en camino para unirse a sus fuerzas.

—¿Cómo, las fuerzas de Chauv?

—Creo que son ésas.

De pronto se sintió afuera, en la noche, un galope de caballo sobre el fango. Gritos de "¡Alto quién vive!", y de nuevo el galopar hasta el portal de la casa. Mendoza salió para regresar con una carta para Porras. Este rasgó el sobre con nerviosidad.

—Es de Morales —exclamó.

Bernal y Ester solicitaron permiso para retirarse.

“...He llegado, pues, y eso es lo importante. Creo que no tendré dificultades y que me despacharé sin demora. Siento no poder ser más explícito por falta de una clave; pero las diligencias que he hecho desde la hora de mi llegada ayer a esta hora, que son las doce del día, me demuestran que el éxito será completo, como habíamos pensado...”

Así decía la carta escrita por Morales, fechada en Guayaquil el 25 de Marzo de 1900. En medio de esa cruel incertidumbre que avivaba las noches del campamento revolucionario en su marcha sobre Panamá, la carta de Morales tuvo la gracia de un contingente de fuerza y esperanza. ¡Al fin llegaba socorro! Ya había motivo para arengas y para pensar seriamente en la victoria. Tal vez esto contuviera las deserciones progresivas y las licencias frecuentes. Llenos de júbilo se dieron a comentarios optimistas, a expansiones efusivas, hasta que Quinzada, mudando a una expresión de asombro, quedóse rígido, mirando hacia el suelo.

—¿Qué sucede, Quinzada. No te alegras?

—¡Ester...! dijo.

Todos se tornaron repentinamente serios.

—¡Ester...! —exclamaron a coro Mendoza y Porras.

—¡Qué extraño! —prosiguió Quinzada. ¿Cómo conoce los movimientos de nuestras tropas y los del enemigo?

—Sus informes son precisos. ¿Será panameña?

—No tengo idea, —contestó Mendoza— pero algo raro hay en ella...

—¿Cómo ha sabido de las gestiones de Morales?

—Esa mujer es peligrosa.

Mendoza, un tanto retirado en sus meditaciones, se aproximó con la vista fija hacia las sombras que proyectaba la silla en donde estuvo sentada

Ester. Levantó del suelo un papel, y cerca de la lámpara, leyó:

Inolvidable Ester:

Hace un mes que vivo sin noticias tuyas. No sabe cuánto deploro que las contingencias de la guerra me alejen de su voz cristalina, de su risa enloquecedora; me priven de esas noches de San Carlos hechas para amarla y obedecerle. Pero muy pronto los bravos soldados de la legalidad y el orden acabarán con la anarquía que infames descastados pretenden entronizar en la República. Bendigo la paz que me llevará cerca de usted.

Carlos M. Sarria,
General en Jefe del Estado Mayor
de la Quinta División.

—¡Sarria!

—¡Sarria!

—¡Carlos M. Sarria!

—¿Será posible?

—Nos ha engañado.

—Bernal, ¿quién es ese Capitán Bernal? —preguntó Porras.

—No sé, pero me pareció oírle, doctor Porras —intervino Quinzada— que usted le conocía. Algo tenía que ver con el levantamiento del 18 de octubre.

—¡Ah, sí! El estuvo allí... pero, ¿cómo sabemos que es el mismo? ¡Espías! —exclamó Porras con dolor.

—Sus informes son ciertos. Y nos han servido.

Son maniobras de los regenerantes. Quiere esto decir que conocen los movimientos de Morales. A estas horas, la "Boyacá" seguramente los busca. ¡Estamos perdidos, K!

Se sintieron pasos que subían. Herrera avanzó hasta la mesa.

—Herrera, —saludó Porras— conoce usted a una mujer llamada Ester... ¿Ester Becerra?

—No doctor.

—¿Y a alguien que se hace pasar por el Capitán Antonio Bernal?

—Bernal... Bernal... no recuerdo a nadie con ese nombre.

—Estamos perdidos. Hay que regresar a Chame; el Gobierno se mueve para encerrarnos aquí en Capira.

—Imposible, hay que avanzar sobre Panamá. El Conto y el Robles marcharon al amanecer.

—Es una locura, General. Hay que regresar a Chame inmediatamente. El gobierno seguramente intentará mañana o pasado mañana desembarcar en Chame. También en Chorrera. Y aquí es humanamente imposible organizar defensa; estamos embotellados.

—Son temores injustificados. Hay que avanzar.

—General Herrera —se levantó, colérico, Porras, golpeando la mesa—en mi carácter de Jefe Militar del Departamento, ordeno la retirada a Chame.

—¡Y usted será el único responsable de esta determinación! —gritó Emiliano Herrera, abandonando la sala.

Porras lo siguió hasta la puerta. Dio algunas palmadas, y al centinela que acudió, Porras le ordenó traer inmediatamente a los forasteros que acababan de salir momentos antes.

—Están en la fonda, Jefe.

—Tráigalos en seguida.

Porras se paseaba excitado por la habitación. De tiempo en tiempo exclamaba: "¡Este Herrera es incorregible!".

En el portal avanzaron pasos, y en el vano de la puerta apareció Bernal.

—Adelante, Capitán, adelante.

—Gracias.

—¡Guardia! —gritó Porras hacia la puerta.

—¡A sus órdenes!

—Dije que eran dos. ¿Dónde está la mujer?

Bernal miraba con asombro. Luego sonrió.

—Estaba solo, doctor; bebía café; no estaba acompañado.

—¿.....?

—Sí doctor, estaba solo —repitió con pasmosa calma Bernal.

—Y la señorita... queríamos hablarle...

—¡Se fue!

—¿Se fue? ¿Hacia dónde a estas horas?

—Eso no se lo podría decir doctor. No lo sé.

—¿A estas horas? ¿Con esta noche?

Porras buscaba, malicioso, las miradas de Quinzada y Mendoza.

—¿Es raro, verdad? Ester es así.

Porras se acariciaba los mostachos. Iba y venía. Por momentos dejaba de andar, pero era solo por escasos segundos, pues inflexiblemente llenaba de pasos la habitación.

Mendoza se aproximó a Bernal.

—¿Conoce a Sarria? —le espetó a quemarropa.

—¿Sarria? ¿El nacionalista?

—Sí!

—¡Bueno... personalmente no! He oído hablar de él. Se dice que es valiente.

—¿Conoce esta carta? —volvió a preguntar Mendoza, extendiendo ante los ojos el papel que descansaba sobre la mesa.

Bernal la miró con cuidado, y moviendo lentamente la cabeza, respondió:

—¡No! No la conocía.

—¡Qué raro! —dijo Mendoza.

Porras, riendo estrepitosamente, se aproximó:

—Bernal, usted dormirá con nosotros.

CAPITULO XII

La madrugada baja con insólita expresión de espanto. Cae lenta. Con calma fría. Miedosa de saludar a los hombres. Parco amanecer del 8 de junio de 1900. El campo está estático, firme, y falsas son la soledad y la quietud. Lejano, corretea por los matorrales un trinar fugitivo. Silencio. Nervios. Presencia de la muerte. A veces el vuelo de un gavilán hambriento que la vista sigue minuciosamente, ansiosa el alma por distraerse, fugar o no tener conciencia; otras, el movimiento cauteloso de un cuerpo que se arrastra.

Y la brisa es húmeda, delgada, hasta inútil. Trae el espanto. El cielo presenta un rostro gris, inmóvil, absorto. Allá, tras un arbusto, hombres tendidos en el suelo, el fusil horizontal al cuerpo, miran fijamente hacia adelante. Sobre las lomas, pelotones rígidos atalayan. Por el llano, kilómetros de hombres, el arma lista, en febril espera. A ratos uno abandona el puesto arrastrándose como un reptil, y nuevamente se tiende, buscando puntos en el horizonte. Cordones azulosos de humo suben y se van brisa abajo. Por el sur se acerca un batallón que se divide, llenando claros en esa barrera de metralla y coraje.

* * *

Desde la retaguardia avanzó un cuadro de hombres cabalgando hacia el frente.

—¿Atacarán hoy? —preguntó Porras, a la cabeza del pelotón.

—Ya lo sabes, Belisario; Campo Serrano piensa tomar vino en tu cráneo y en el mío —gritó Carlos A. Mendoza.

Uno de los jinetes era Antonio Bernal que, con el ceño adusto, miraba hacia donde las trincheras se dilataban. Porras y Quinzada lo miraban intermitentemente, cazando expresiones en su cara.

—¿Será hoy?

Por respuesta, el camino se llenaba de cascos de caballos.

—¿Capitán Bernal, tiene presentimientos?

—Todos los tenemos.

—¿Qué haría usted si nos derrotan?

—Para esa pregunta todo liberal tiene respuesta.

—¿Cuál es la suya?

—La misma que usted daría. Dr. Porras.

Bernal estaba pálido, los ojos firmes en el horizonte, acariciando con la lengua unos bozos descuidados. Ya estaba próxima la salida del sol cuando se escuchó un cruce de disparos.

—¡Empezó la cosa! —gritó Porras, y tendieron los caballos al galope hacia la línea de fuego.

De pronto estallaron las cornetas. El campo vibraba. ¡Fuego! era la orden de los clarines. Había empezado el combate de la Negra Vieja. Las descargas corrían tendidas por el campo, de uno a otro confín. Era un griterío feroz de hombres, granadas y fusiles.

El Estado Mayor se situó sobre una colina des-

de donde se divisaban los batallones. Era el alto de la Negra Vieja. Allá abajo, lejano, sobre un promontorio boscoso, el Batallón Robles se agazapaba acechante; a la izquierda, ágiles, los Libres de Chiriquí; más lejos, el Conto.

Por el horizonte, confuso en la neblina que aún se pegaba a la sabana, avanzaba el enemigo, llenando de mil reflejos la mañanita. Las fuerzas del gobierno se abrieron en dos alas para atacar por el frente. En eso, de allá, del llano mismo, se oyó un griterío infernal. "¡Viva el Colombia! ¡Viva el Ulloa! ¡Viva el Quinto de Cali!" Y se vio a los godos lanzarse salvajemente al ataque. La primera en recibir el impacto fue la caballería, que se abalanzó a galope mortal por la sabana. Fue un choque estruendoso. La pólvora encegucía y cruzaban el campo los corceles desbocados y heridos, relinchando hasta erizar los cabellos.

Las fuerzas conservadoras embistieron al Conto. Avanzando con el pecho sobre la tierra, disparaban incesantemente sobre la altura que éste dominaba. En eso la lucha se perdió entre una humareda densa. Se oían gritos, disparos, imprecaciones y lamentos. Más tarde se vio a los regeneradores retirarse en orden. Pero se trataba de una maniobra, pues contra-atacaron ferozmente, forzando al Conto a replegarse, a perder posiciones, mientras que los hombres rodaban pendiente abajo cercados por el fuego graneado. Intentaron una arremetida desesperada, pero resultó inútil. Nuevos cuerpos de infantería apoyaban el ataque enemigo y el Conto tuvo que retirarse. En eso, el Azuero llegó en su auxilio. Se trabó un ataque cuerpo a cuerpo, entre la humareda asfixiante, los gritos desesperados, las maldiciones, los vivos al partido, hasta cuando los atacantes se replegaron en línea de pelea por el llano.

Nuevas tropas llegaron al campo de batalla y el fuego se dilató por la línea de combate. Fuego encarnizado de fusilería. De uno a otro confín del

po de cien infantes del 5o. de Cali y, pecho a pecho, en el llano se entabló la lucha. Bernal avanzó unos metros y los regeneradores se dieron a la retirada, seguidos hasta muy cerca de sus filas por la brigada liberal. Cuando el enemigo se movía con la intención de copar a ese pelotón que temerariamente se había alejado de sus filas, se oyó la orden del clarín y los bravos del Azuero se retiraron disparando sin cesar. Al reincorporarse a las trincheras liberales, los saludó un viva general de triunfadores. A las cuatro de la tarde, una última descarga despidió a los godos, que intentaban organizar una retirada.

* * *

Las noches que siguieron a aquel trágico 8 de junio fueron lúgubres, espectrales. Caía la lluvia pertinazmente. Se tocaban desde muchas partes los lamentos y las voces de dolor transitaban entre las sombras pregonando la muerte. Por las zanjas, en un patio cualquiera, sobre la calle misma, se tropezaban cuerpos semi-carbonizados, piernas putrefactas a la intemperie. Se sorprendía uno de esa ronda crepuscular de gallinazos revoloteando, revoloteando sin piedad. Noches de muerte y angustia. Sombras en que se cobijaba el dolor de los cadáveres engarabitados, retorcidos, solicitando una zanja, una sepultura, un puñado de tierra, de esa tierra mojada con su sangre, un puñado de tierra para su frío de cadáveres.

* * *

—¿No era ese er Chondo?

—Ni se conoce.

—Duele ver un cristiano así; tiraio a los pájaros.

—Duele, compa.

Y era la sombra, y era el dolor, y era el miedo. Alguien se lamentaba en unas coplas tristes que parecían venir de lejos y se oía más doliente y quejosa todavía, distante voz:

—¡No cante, hermano!

El miedo era un habitante.